

EL ESTUDIO LITERARIO: COMPONENTE NECESARIO PARA UNA FORMACIÓN INTEGRAL

Luis Arrieta Meza*

RESUMEN

A través del presente artículo se presenta una perspectiva del desarrollo del fenómeno literario dentro de su desenvolvimiento histórico, con el objetivo de demostrar cómo la literatura es un proceso dinámico y que dado su carácter superestructural, guarda estrecha relación con la base socioeconómica de todo conglomerado humano. Igualmente, se muestra cómo en cada una de sus etapas de desarrollo, contribuye a configurar una identidad del hombre en cuanto a sus distintas dimensiones; es decir, es un valioso instrumento para la búsqueda de una verdadera formación integral del individuo humano.

Palabras claves: Literatura, superestructura, identidad social y humana, formación integral.

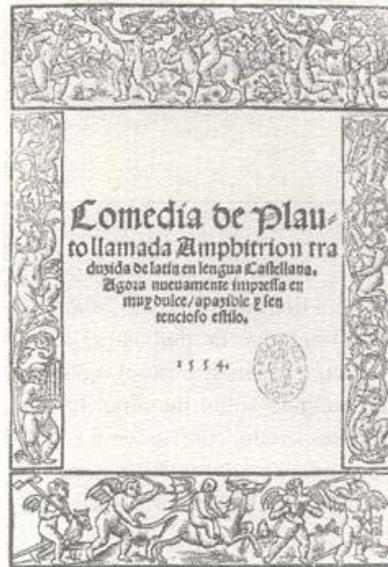
Dice Azorín: «El misterio de la literatura no será para nadie enteramente esclarecido», y en otro aparte, afirma Paul Valery: «El objeto de la literatura es tan indeterminado como el de la vida». Estas dos aseveraciones nos colocan ante la evidencia de que el fenómeno literario es tanto relativo como dinámico; es decir, que está en proceso permanente de transformación a lo largo de su desarrollo histórico.

Pero igualmente la literatura forma parte de la superestructura, una de las tres esferas que conforman el conjunto de una sociedad dada. Estas tres esferas: la infraestructura, compuesta por las obras materiales como el apa-

rato fabril, las vías y redes de comunicación y de energía muestra el estado de desarrollo material de la sociedad; la estructura se refiere al estado, modo y relaciones de producción y cómo la anterior se transforma históricamente, pasando de un estadio al otro: sociedad primitiva, Feudalismo, Capitalismo y hasta ahora los primeros escalones del Socialismo; la superestructura está conformada por lo atinente a lo mental o espiritual: la ideología, la filosofía, el aparato jurídico, la religión, el arte, la literatura.

Estas tres esferas que constituyen la esencia de la sociedad interactúan entre sí, influyendo las unas sobre las otras. Pero el desarrollo de éstas no es siempre simétrico; es decir, un mayor desarrollo de una de ellas no implica necesariamente un mayor desarrollo de las otras, aunque lo otro sea la tendencia central.

* Magister en Proyectos de Desarrollo Social. Esp. en Enseñanza del Español y Literatura. Licenciado en Filología e Idiomas. Docente Unimag.



Los romanos entraron en contacto con el imperio griego, hacia el siglo V, cuando éste iniciaba su proceso de decadencia; sin embargo, producto de este encuentro surgió en Roma un movimiento artístico y literario de descollante nivel. Igualmente cuando España del Siglo XVII, acusaba su más alto grado de decadencia, logró el máximo nivel de su desarrollo literario: Cervantes, Quevedo, Lope De Vega, Calderón, Tirso, Garcilaso y Boscán, entre otros, dan fe de este fenómeno. Caso contrario es el de la sociedad norteamericana, que hoy muestra el nivel más elevado de desarrollo material alcanzado por pueblo alguno en el planeta, sin que esto corresponda en igual forma a su desarrollo artístico y literario.

De todas maneras, independientemente del grado de simetría entre una esfera y otra, la literatura refleja las contradicciones de clase que se generan en la base económica de la sociedad. Esto permite explicar cómo, mientras la tragedia griega reflejaba la ideología de los dueños del poder y los protagonistas eran los dioses y la nobleza, la fábula cuyo

origen surge entre los esclavos tiene como protagonista a los débiles, que siempre triunfan sobre los poderosos. El hecho de que los personajes casi siempre estén representados por animales fue un recurso para escapar de la censura.

En cada una de las distintas etapas del desenvolvimiento humano, la literatura ha contribuido a una redimensión del concepto del hombre y a la búsqueda de su identidad, dentro de su quehacer colectivo, de acuerdo con las ideologías predominantes.

En la antigüedad oriental las diferentes culturas edificaron sus sociedades sobre la base de la división social del trabajo, mediante la cual una minoría privilegiada se apropiaba del producto de la mano de obra esclavizada, para llevar a cabo operaciones de trueque y comercio y de este modo acumular inmensas riquezas que les permitían dedicarse al desarrollo de actividades de la inteligencia. Sólo así puede explicarse la existencia de un Lao-Tse y Confucio, ambos de nacionalidad china; Zaratustra o Zoroastro el gran pensador persa; Valmiki, el poeta hindú a quien se le atribuye la autoría del Ramayana, incluso Salomón, el celebre rey hebreo, autor del Libro de los Proverbios, del Eclesiastés y del Cantar de los Cantares y San Pablo, uno de los iniciadores del género epistolar. Igual fenómeno ocurre en la antigüedad clásica greco-latina. El modo de producción esclavista prohió el surgimiento de prohombres que lograron el más alto nivel de desarrollo del pensamiento de su época. El siglo VI a.C llamado el Siglo de Pericles, el siglo de oro de la cultura occidental antigua, sirvió de escenario propicio para el nacimiento de la más grande trilogía del teatro clásico antiguo: Esquilo, Sófocles y Eurípides.

Todos ellos desde su propia óptica pretendieron mostrar al hombre tal como lo concebían. Esquilo nos presentó en sus siete

tragedias una visión del hombre en función de los dioses, el destino de aquellos dependiente de la voluntad de éstos; Sófocles sin apartarse totalmente de Esquilo, presenta al hombre en interacción con las deidades; y Eurípides muestra al hombre dentro de una visión más humana, el destino de los hombres ya no depende tanto de los dioses como de sus pasiones y sus instintos. Por otra parte, desde la comedia, Aristófanes utilizando como arma fundamental la ironía, presentará un hombre con sus falencias y sus virtudes, como también lo hará Menandro y más adelante en Roma, Plauto y Terencio.

Especial mención merece también otra de las grandes trilogías, la conformada por los celebrísimos filósofos de la antigüedad occidental: Sócrates, Platón y Aristóteles. Si bien su campo de trabajo no fue propiamente la literatura, no es menos cierto que el pensamiento de estos tres grandes hombres ha sido la *teia* incandescente que ha iluminado la cultura de los períodos subsiguientes. Sócrates a través del instrumento dialéctico de la *Mayeútica* incita al hombre a mirar dentro de sí, para luego conocer a los demás. «Conócete a tí mismo» habrá de ser la esencia de su pensamiento. Platón, heredero de las ideas socráticas, elabora su quehacer filosófico sobre la base de la universalidad e inmutabilidad de las ideas y ve en la naturaleza y en el hombre la concentración de la belleza divina; a través de sus diálogos, especialmente de la República, concibe al hombre dentro de una rígida estratificación social; Aristóteles, el más deslumbrante discípulo de Platón y una de las inteligencias de más amplio espectro que ha producido la humanidad, desarrolló su pensamiento en diversos campos del saber, la física, la metafísica, la política, la ética, la moral y la poética; su trabajo con respecto al hombre fue descubrir la esencia de su esencia.

Durante el milenio que constituyó la existencia de la Edad Media, la vida del hombre giró alrededor de dos ejes fundamentales: el poder divino, representado por la iglesia y el poder humano representado por la monarquía; es decir, Dios y el rey. La monarquía fue el soporte militar de los dogmas y a su vez la iglesia constituyó la columna ideológica para el fortalecimiento del poder real.

El pensamiento de los jerarcas de la iglesia cristiana –única institución que mantuvo su unidad luego de la caída del Imperio Romano– estuvo irradiado por las ideas de Platón y Aristóteles. San Agustín fundador de la “Patrística”, concibe desde «La Ciudad de Dios» como Platón desde «La República», una nueva dimensión del hombre, pero al servicio de Dios; es decir, ese era su destino. Más tarde, Santo Tomás partiendo de Aristóteles, construye las bases fundamentales de la Escolástica y desde la «Suma contra Gentes» y especialmente desde la «Suma Teológica» establece los principios de una nueva moral y de una nueva ética, debido a las cuales el hombre sólo podrá acceder a la salvación de su alma mediante la intermediación de la iglesia. Más tarde Lutero habrá de rebelarse contra estas potestades.

Desde el otro eje fundamental, durante el período medieval, el representado por el reino de los hombres, visto desde la visión de los reyes y la nobleza y matizados por pensamientos religiosos: cristianos y paganos y también por sentimientos heroicos, surge otro género de producción literaria, el de la caballería, cuya base histórica y económica estuvo constituida por el movimiento de las cruzadas desde el siglo VIII hasta el siglo XIII.

Al rededor de las cortes surgieron leyendas pseudo-míticas que adoptaron diferentes formas de acuerdo con la idiosincrasia de las diferentes naciones en formación. En la Región Británica alrededor de la Corte del Rey

LOS TRABAJOS
DE PERSILES, Y
SIGISMUNDA, HISTO-
ria Setentrional.

POR MIGUEL DE CERVANTES
Saavedra.

DIRIGIDO A DON PEDRO FERNANDEZ DE
Castro Conde de Lemos, de Andrade, de Villalva, Marqués de
Sarría, Granthombre de la Cámara de Su Magestad, Príncipe
del Consejo Supremo de Italia, Comendador de la
Recomienda de la Orden de Alcántara.



Año 1617

Con privilegio. En Madrid. Por Juan de la Cuesta.
A costa de Juan de Vallarreal mercader de libros en la Platería.

Arturo y su mítico mundo de Camelot se narraron las hazañas de Lancelot, de Percival y de Merlín, entre otros. En el territorio francés surgieron «Les Romans Courtois», entre los cuales sobresale el romance de «Tristán e Isolda». Igualmente la «Chanson de Roland» escrita en el siglo XIII sobre un hecho histórico ocurrido en el siglo VIII, durante la lucha de la cristiandad para detener la expansión islámica. En la Germania se produjeron las «Sagas del Rin» y relatos de los Nibelungos, en los que adquieren notoria importancia las hazañas de Sigfrido. En España, con menos fantasía y mucha más sobriedad, surgió el género denominado «Cantares de Gesta», con un alto contenido histórico. «El Cantar del Mio Cid» es la más auténtica muestra de ello.

Al culminar la Edad Media con la caída del Imperio Romano de Occidente, debido a la toma de Constantinopla por los otomanos hacia 1453, surge la Edad Moderna; es decir, se entra a un nuevo período de renacimiento en todos los órdenes de la cultura. El poderoso auge comercial de Italia en el Mediterráneo constituyó la base material de este

fenómeno. La antigua visión teocéntrica cede ante un orgulloso antropocentrismo que exalta el valor de la naturaleza humana. El hombre se siente dueño de su propio destino, sólo sujeto a las leyes naturales. Los ejes de su accionar serán la razón, los sentimientos y los instintos. Valorará la naturaleza y la inmortalizará en la literatura y en el arte; también se preocupará por conocerla científicamente, de allí derivará su poder, su riqueza y su condición de hombre. Hay una nueva clase social causante de esto, la burguesía. Su concepción filosófica e ideológica dominará todo este período.

La literatura experimentó un portentoso desarrollo como hasta ese momento no lo había logrado. España se colocó a la vanguardia del mundo de ese entonces. Los capitales provenientes de América constituyeron la causa de este desarrollo. No de otra manera podría explicarse el surgimiento del «Siglo de Oro», en el que sobresalen los más iluminados escritores y poetas que conformaron en su época la más alta cumbre del pensamiento literario y son hoy parte importante del ideario universal. Autores como Cervantes, Lope de Vega, Quevedo; Góngora, Tirso, Garcilaso, Calderón, Boscán, Mena, Ruiz de Alarcón, Fray Luis de León, Fray Luis de Granada, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, forman la constelación de más alto brillo de la España de todas las épocas. No obstante que la base material española no mostraba igual grado de desarrollo como ya se ha dicho, el padrinazgo que algunos miembros de la nobleza ejercieron sobre estos hombres y mujeres de letras facilitó este desenvolvimiento.

Italia, cuna de este colosal renacer de la cultura, continuará la tradición iniciada por Petrarca en el siglo XV y al lado de Pietro Bembo y Miguel Ángel con sus «Rimas», surgirán los poetas épicos Ludovico Ariosto,

con su «Orlando Furioso» y Torcuato Tasso con su «Jerusalén Libertada», ambos continuadores de la tradición caballeresca surgida en el período medieval. Maquiavelo propondrá desde «El Príncipe» la separación de la moral de la política.

En Francia se da una profunda renovación de la poesía, particularmente por parte del grupo de los siete poetas que conformaron «La Pléyade». Ronsard pretende llevar su lengua a la altura de las clásicas e introduce palabras compuestas, neologismos y arcaísmos. Rabelais, desde «Gargantúa y Pantagruel», satiriza a través de sus personajes gigantes la ciencia y las opiniones medievales. Montaigne en sus «Ensayos» desarrolla un profundo sentido crítico y propugna por el estudio de los clásicos. Todos estos hombres ilustrados defendieron la concepción epicúrea frente a la rígida visión ascética de la teología.

Inglaterra se expresa por intermedio de sus figuras cimeras Marlowe y Shakespeare; este último reconocido como uno de los más connotados genios de la humanidad, compendia en sus dramas históricos, tragedias y comedias todo el espíritu de su época; desde su ilimitada visión no hay tema humano que se le escape.

También Portugal cae sobre el influjo de los vientos renacentistas. La prosa tuvo su representante en Bernardim Ribeiro; el teatro con Gil Vicente y Antonio Ferreira; en la poesía Saa de Miranda, recibe el influjo de Garcilaso. Pero puede afirmarse que alcanza la gloria con el bello poema épico «Os Lusíadas de Luis de Camoens», en el que se muestra la influencia de la Eneida de Virgilio. Esta obra es considerada como el poema nacional lusitano.

En Alemania, la literatura con énfasis de elementos paganos no se desarrolló, debido

a que allí, por la influencia de Erasmo de Rotterdam, Martín Lutero lidera un profundo movimiento de renovación en el seno del cristianismo. Presenta una visión nueva del hombre y su relación directa con Dios sin la intervención de extraños, propone el atreverse a pensar y resquebraja la autoridad papal. Este movimiento conocido como "La Reforma" va a encontrar una fuerte corriente de oposición en España, país donde el papado ejerce un fuerte influjo sobre los monarcas; de este movimiento de "Contra-reforma" surge el género místico y la ascética, que busca la unidad del alma con Dios y tendrá como voceros principales a Santa Teresa y a San Juan de la Cruz.

En la medida en que avanzaba el siglo XVII fue desarrollándose en Francia un fuerte movimiento clasicista, en razón de que España se sume cada vez más en una profunda decadencia, debido a sus errores en el manejo de la economía; la expulsión de los árabes y de los judíos por motivos religiosos fue la principal causa de ello. En tanto que en el país de los galos y al amparo de la poderosa monarquía de El Rey Sol, Luis XIV, gran protector de las letras, y regidos por el pensamiento racionalista cartesiano, se desarrolló un poderoso arte dramático representado por Corneille, Racine y Moliere. El eje fundamental de este movimiento clásico será el estudio del carácter del hombre con el fin de que los autores puedan dar un valor moral a su obra. Corneille exalta la voluntad humana contra las debilidades del sentimiento. Racine hace énfasis en el poder de las pasiones sobre el alma y Moliere, nos presenta un cuadro satírico de la aristocracia y de la burguesía. La Fontaine y Boileau fueron otros notables representantes de este período.

Durante el siglo XVIII, Francia continuará ejerciendo un decisivo influjo sobre el resto de las naciones. El espíritu de la época estuvo





iluminado por el pensamiento de los hombres de la Ilustración y de la Enciclopedia. La Ilustración estuvo caracterizada por un amplio movimiento de investigación y de crítica. Partiendo del empirismo inglés, toma como base del conocimiento la experiencia sensible y desde allí realiza una revisión de las ideas tradicionales. Concentra su atención en los problemas científicos en detrimento de las cuestiones metafísicas y las verdades sobrenaturales. Sustituye el derecho divino por el derecho natural y define que la soberanía está en el pueblo y no en el rey. Esto último será la base ideológica y filosófica de todas las revoluciones burguesas posteriores y del pensamiento liberal del siglo XIX.

En la Enciclopedia pretendieron compilar todo el conocimiento de la época y a su vez criticar el pensamiento cristiano. Hombres como Montesquieu, Diderot, Voltaire, Rousseau, Bernardim de Saint-Pierre, D'Alambert, André Chénier y Beaumarchais constituyen los voceros lúcidos del período. También en Italia desde la comedia con Goldoni y la tragedia con Alfieri se

manifestaron igualmente las ideas neoclásicas, las de la Ilustración y las prerrománticas. En Inglaterra sobresalen Swift con sus «Viajes de Gulliver», Daniel De Foe y su «Robinson Crusoe». En España logran fulgurar en cierta forma Feijoo, Cadalso y Jovellanos desde la poesía y la prosa erudita con pretensiones didácticas, e igualmente, con la misma intencionalidad, Samaniego e Iriarte desde la fábula. Desde el teatro Nicolás Fernández de Moratín y su hijo Leandro Fernández de Moratín, constituyeron la más auténtica muestra neoclásica de inspiración francesa en España.

A finales del siglo XVIII comenzaron a cimentarse las bases del movimiento romántico que adquirirá pleno vigor en la primera mitad del siglo XIX. El Romanticismo no se redujo a un simple movimiento literario, sino que se extendió a todos los aspectos culturales de este período: la política, el arte, la literatura y hasta las modas. Este movimiento expresó una actitud frente a la vida. Se caracterizó por romper los rígidos esquemas del neoclasicismo en todos los órdenes. La exaltación del «Yo» y el ansia de libertad constituyen dos pilares fundamentales. En política, proclama los postulados de la Revolución Francesa de libertad ciudadana para opinar libremente y participar en la toma de decisiones y para intervenir en el gobierno de la nación. Cuestiona la moral tradicional y reclama el imperio de la pasión y del instinto como única ley de la vida. Reivindica los sentimientos como el derecho a las emociones: el amor, la nostalgia y aún el dolor y la angustia. Perdida toda confianza en la razón, considera la vida como un problema insoluble dominada por fuerzas sobrenaturales que escapan a todo conocimiento racional. De allí que sea recurrente el suicidio o la muerte por angustia o nostalgia de los protagonistas de las principales obras de los autores de este

singular movimiento. Las «Aventuras del Joven Werther» de Goethe, «Atala» de Chateaubriand, «María» de Isaacs, y muchas otras, constituyen evidencia de esta afirmación. El pensamiento romántico en su choque con la realidad conduce al hombre a refugiarse en mundos productos de fantasía como la Edad Media caballeresca o los países del lejano Oriente. Igualmente, el Romanticismo canta a un paisaje idealizado, a la mujer y a la patria con exhaltado y arrobado sentimiento y también a la muerte como último refugio.

Cabe señalar, como hecho importante, que estas características generales no se dieron uniformemente en los diferentes países, sino que en cada uno de ellos adoptaron una forma particular. También es necesario aclarar que se desarrollaron dos tendencias contrarias: una tradicional y una revolucionaria. La primera añora la restauración de los viejos valores tradicionales y orientó su mirada hacia la Edad Media con sus héroes caballerescos y cristianos, como voceros de esta tendencia figuran Walter Scott, Chateaubriand, Manzoni y Zorrilla. A la segunda pertenecen Byron, Shelley, Hugo, Leopardi, Espronceda, los cuales en vez de mirar al pasado con espíritu conservador, se propusieron la creación de una nueva cultura sobre la base del desconocimiento del tradicionalismo, de la religiosidad y de las jerarquías establecidas.

La gama de estrellas que iluminaron este firmamento es innumerable; sin embargo, muchas de ellas merecen relacionarse: Schlegel, Novalis, Heine y los hermanos Jacobo y Guillermo Grimm en Alemania. Los «Lakistas» Wordsworth y Coleridge y «los poetas rebeldes»: Byron, Shelley y Keats en Inglaterra. En los Estados Unidos se destacan Washington Irving, Fenimore Cooper y Edgar Allan Poe. A Rusia pueden represen-

tarla Pushkin y Gogol. De Francia, además de los mencionados en otros aspectos, sobresalen Madame de Staël, Lamartine, Vigny, Musset, Dumas, George Sand, Balzac, Stendhal. De España figuran el Duque de Rivas, Larra, Donoso Cortés, Balmes, Zorrilla, Hartzenbusch, Bretón de los Herreros, Bécquer, Rosalía de Castro, Campoamor, Núñez de Arce. Muchos de éstos van a estar emparentados con géneros posteriores como el Realismo y Naturalismo que inician su desarrollo hacia la segunda mitad del siglo XIX, concretamente de 1850 en adelante.

El Realismo va a constituirse como una reacción en contra de la visión romántica. Sus temas ya no serán el lejano Oriente ni la mítica Edad Media sino la realidad cotidiana que rodea al hombre. Los diferentes autores consideraron la observación como base de la creatividad y su mirada se dirigió a los temas económicos, sociales e ideológicos, muestra de esto encontramos en las novelas de Dickens, de Flaubert, Dostoievski, Melville, Emerson, Mark Twain, Tolstoi. También debe mencionarse a Ibsen desde el teatro escandinavo. Figura deslumbrante de este género es Benito Pérez Galdós, como también Don Juan Valera.

El Naturalismo, otro de los movimientos posrománticos puede considerarse como una variante del Realismo, pero con mayor presencia de elementos nuevos. Su apoyo filosófico se encontrará en las doctrinas de Comte y de Taine que quisieron explicar la obra literaria con base en las circunstancias del autor. También tiene este movimiento base en los aportes de Darwin y Haeckel, en cuanto a las leyes de la herencia, la adaptación al medio y la lucha por la existencia. Zola constituye su figura cumbre, quien rodea a sus personajes de los ambientes más sórdidos para mostrar la reacción de sus instintos. Alphonse Daudet inicia un pro-





gresivo alejamiento de la crudeza y pesimismo de este enfoque e intenta la nota humorística con «Tartarín de Tarascón» y culmina esta separación con la encendida prosa llena de tonos irónicos de «Anatole France».

El Parnasianismo y el Simbolismo constituyeron otra forma de reacción dentro de las letras francesas. Los parnasianos se apartan de la expresión de los sentimientos individuales para orientarse hacia la representación impersonal de la belleza plástica. Leconte de Lisle es la figura capital de la poesía parnasiana. El Simbolismo representa un duro cuestionamiento. No busca la exactitud ni la precisión de los parnasianos, ni mucho menos la visión escatológica del naturalismo. Prefiere lo indefinible y da importancia a los más irreales sueños y a las emociones íntimas. Baudelaire, Mallarmé, Verlaine y Rimbaud significan la cúspide de este movimiento.

A finales del siglo XIX, concretamente en 1898, España pierde sus últimas colonias en ultramar: Cuba, Puerto Rico y las Filipinas.

Este hecho desencadenó un profundo movimiento de protesta contra los hábitos de la decadente sociedad burguesa española y fue la causa de un extraordinario florecimiento en las letras que ha llegado a considerarse como un «Segundo Siglo de Oro». Las figuras de Ganivet, (el precursor), Unamuno, Maeztu, Baroja, Azorín, Antonio Machado dan nombre a este reconfortante movimiento conocido como «La Generación del 98», quienes movidos por un exhaltado idealismo patriótico, opuesto al positivismo burgués de la época anterior y con una actitud crítica frente al desastre social, buscan promover una transformación de la vida nacional.

Finalmente arribamos al siglo XX. Dado el complejo desarrollo alcanzado por la sociedad, a esta altura de su transcurrir histórico, se hace muy difícil determinar un comportamiento uniforme entre los hombres y mujeres que se proyectan durante este período. Sin embargo algunas características generales habrán de señalarse. En las etapas preliminares de su conformación se palpa una reacción contra la moral utilitaria de la burguesía, clase que consolida su poder a partir de la Revolución Francesa.

Pueden identificarse tres etapas a lo largo del siglo que acaba de concluir. La primera la caracterizan los años previos a la Primera Guerra Mundial; la segunda entre las dos guerras (1919-1939). Durante este período florecieron la Generación del 27 y la del 36, importantes movimientos dentro de la literatura española. Y la tercera comprende el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, a partir de 1945. Como era de esperar, estas etapas de confrontación originadoras de conflictos, generarán una visión pesimista y escéptica; angustiada y atormentada de la vida humana. Esto se verá reflejado con mucha nitidez en las corrientes existencia-

listas de Sartre y de Camus; igualmente en las cosmovisiones de Proust, Gide, Mauriac y Malraux. También se verá reflejado este estado espiritual en la poesía surrealista de Bretón y en las novelas de Tomás Mann, Kafka y Herman Hesse. De igual manera, la sátira servirá a este propósito desde la brillantez del teatro de Bernard Shaw. La novela adquirirá renovado brío con Kipling, Conrad, Huxley y Joyce. El ensayo adquirió altura con Bergson y Chesterton. Desde Norteamérica O'Neill, Sinclair Lewis, John Dos Passos, Hemingway, Fitzgerald, Steinbeck y Faulkner constituyen su cumbre más elevada.

No obstante el altísimo nivel alcanzado por los voceros de esta cosmovisión, en el trasfondo de este escenario se percibe el estrepitoso fracaso del Capitalismo, como sistema económico y social e idóneo, para la solución de los problemas del hombre y el logro de su felicidad. De allí que en otros lugares del mundo, primero en Rusia y luego en China, triunfa otro modo de producción y otra cosmovisión. Nos referimos obviamente al Socialismo, sistema en el que los obreros y los campesinos especialmente, asumen el control político de la sociedad. Gorki y Lu Sin dan testimonio de ello. Las dificultades que este sistema hoy afronta son propias de su desarrollo histórico y dialéctico.

A finales del siglo XIX surge una vigorosa y renovadora corriente artística y literaria, que habría de extenderse hasta las primeras décadas del siglo XX. Este movimiento que la posteridad bautizará como el Modernismo, tiene para nosotros una vital y decisiva importancia. Primero, porque se fragua y desarrolla en las entrañas de los pueblos americanos situados más acá del Río Grande y segundo, porque este movimiento proyecta por primera vez la literatura hispanoamericana, mas allá de sus fronteras puramente

continentales y la pone a campear orgullosamente en los escenarios europeos. Para ese entonces, sólo los nombres de Andrés Bello, Ricardo Palma y Domingo F. Sarmiento tenían alguna significación entre los círculos más eruditos del mundo europeo.

El Modernismo no apareció por azar en un país dado, sino que fue el producto de una serie de intelectuales de la región norte de la América del Sur y de la América Central, que insatisfechos con el Romanticismo y el Realismo buscaban nuevas formas de expresión poética. La base social estuvo constituida por un público sofisticado, de una incipiente burguesía mercantil y que estaba informada de los últimos acontecimientos de la cultura europea; es decir, una clase capaz de servir de soporte material a un grupo de escritores profesionales, particularmente en la ciudad de México, La Habana, Santa Fe de Bogotá, Santiago, Montevideo y Buenos Aires. Sus promotores fueron inicialmente Salvador Díaz Mirón, Gutiérrez Nájera, José Martí, Julián del Casal y José Asunción Silva.

Si bien Rubén Darío no fue propiamente el fundador de este movimiento, si constituyó su figura epónima, puesto que fue el poeta nicaragüense quien lo catapultó a toda la Europa y a Norteamérica y logró posicionarlo dentro de los círculos más encumbrados de París, ciudad que a la sazón fungía como la Meca de la cultura universal. Darío alcanzó la más alta cima en la perfección de la forma, uno de los aspectos esenciales característicos de este revolucionario movimiento.

Las fuentes del Modernismo se encuentran inicialmente en el Parnasianismo, en cuanto a la búsqueda de la perfección de la forma, y en el simbolismo, en lo referente a la musicalidad del verso; más adelante habría de evidenciarse alguna influencia proveniente de Norteamérica, especialmente a través de Martí que estudiaba con avidez la poesía de Whitman.

En el Modernismo podemos identificar dos corrientes. Una liderada por Darío y sus seguidores, que buscaron la evasión de su realidad circundante a través de versos refulgentes, musicales y perfectos y se refugiaron en mundos míticos y paisajes exóticos, palacios de marfil, lagos pléticos de cisnes, noches llenas de lunas esplendorosas y también en almas vacías y llenas de nostalgia. Silva, Nervo, Valencia y Julián del Casals entre otros, conforman este universo. Es justo señalar que Darío, después de un largo proceso y decepcionado de Mallarmé y de Versalles, toma partido contra las pretensiones expansionistas de Teodoro Roosevelt. La otra corriente la lidera Martí, quien asume un compromiso con su patria cubana y la lucha por su independencia; pero también por la defensa de la identidad del hombre americano del sur y del centro para oponerle a las ambiciones hegemónicas de la América del Norte. Toda esta concepción americanista está condensada en el brillante ensayo publicado en 1891: «Nuestra América». Martí constituyó el fundamento político, ideológico y filosófico del movimiento americanista que se desarrollaría más adelante con hombres como José Enrique Rodó, Leopoldo Lugones y Vargas Vila, entre otros.

El movimiento modernista americano, particularmente Darío, también se reflejó por acción o por oposición, de manera directa o indirecta, en autores españoles como Valle Inclán, Juan Ramón Jiménez, Antonio y Manuel Machado y Salvador Rueda; algunos de ellos pretendieron descalificarlo pero sólo cuando ya lo habían asimilado.

A medida que avanzaban las primeras décadas del siglo XX, se fue generando en las naciones del sur del continente una reacción contra el movimiento modernista, en cuanto a su artificiosidad y particularmente en razón de la notoria influencia foránea –

primero francesa y luego norteamericana – que se evidenciaba tanto en la poesía, como en la prosa. A este grupo de escritores pertenecieron Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, Herrera Reissig, José Hernández, Guiraldes, Tomás Carrasquilla, Quiroga, Azuela, Neruda y poetisas como Gabriela Mistral, Juana Ibarboure, Alfonsina Storni, Berta Singerman y Delmira Agustini. La esencia de su producción literaria la buscaron en las profundas raíces de su americanidad hispánica y afroamerindia. Se identificaron con las luchas libertarias, siguiendo el ejemplo de Martí. Se apoyaron en la realidad cotidiana de su entorno y les cantaron a las costumbres y tradiciones populares. Les imprimieron universalidad a sus paisajes naturales y consolidaron la carta de ciudadanía de Hispanoamérica y su literatura.

Más tarde Borges y sus discípulos constituirían los pilares fundamentales para el surgimiento del más importante movimiento literario americano de la segunda mitad del siglo XX, conformado por una fulgurante constelación de estrellas que brillan con luz propia y que comenzaron a iluminar el firmamento del mundo latinoamericano.

Estos narradores elevaron a la categoría de arte la idiosincrasia de nuestros pueblos, apoyándose en sus mitos, leyendas y supersticiones, a través de lo que se denominó como el Realismo Mágico; el lenguaje coloquial lo convirtieron en poesía; buscaron nuevas dimensiones estéticas a la lengua castellana; iniciaron el rescate de la cultura indígena y de las raíces africanas y reafirmaron la identidad de una América distinta de la América Anglosajona. Los escritores identificados con esta cosmovisión, en razón de intereses publicitarios y comerciales, fueron bautizados con el apelativo genérico del *Boom*. García Márquez, Vargas Llosa, Cortázar, Onetti, Fuentes, Asturias, Car-

pentier, Rulfo, Benedetti, Sábato, Jorge Amado y Donoso entre otros, figuran como los más destacados. A Cepeda Samudio también se le considera de este grupo.

Una vez realizado este panorámico recorrido del fenómeno literario a lo largo de su desarrollo histórico, en el que se destacan sus puntos climáticos y sus autores más representativos, dentro de las limitaciones inherentes a un ensayo de esta naturaleza y en el que se habrá incurrido en lamentables e injustificables omisiones, cabe entonces formularse el interrogante que da origen a estas elucubraciones: ¿Cómo puede contribuir el estudio de la literatura a la estructuración de una sólida formación integral del hombre y particularmente de los educandos?

Yo diría que este interrogante genera diversas respuestas:

- La literatura, por su naturaleza superestructural, permite penetrar agudamente en el conocimiento profundo de las sociedades humanas y conocer sus conflictos y contradicciones espirituales y materiales, pero también sus estados de armonía.
- Proyecta una redimensión estética de la naturaleza a través del desarrollo de la función expresiva del lenguaje lírico.
- La literatura constituye, por excelencia, una fuente ilimitada para consignar y abreviar los distintos saberes específicos, dado el carácter infinito del desarrollo de la lengua.
- Presenta una visión multidimensional del hombre a través de su ubicación temporal y espacial.
- Recrea la historia de la humanidad desde una dimensión dinámica y sin acartonamiento o fosilización.
- El pensamiento y el lenguaje constituyen una unidad dialéctica en la que sus dos

componentes están intrínsecamente identificados. Por tanto, a mayor desarrollo de la lengua, mayor desarrollo del pensamiento o de la inteligencia. El hombre tiene una excelente oportunidad para el desarrollo de su intelecto, a través de la lectura de los escritores que se han convertido en epígonos del quehacer literario.

- La literatura cualifica los niveles de comunicación y la actitud dialógica, a través del enriquecimiento léxico y conceptual de los distintos niveles de la lengua.
- Contribuye a cimentar y fortalecer los valores más esclarecidos, que conducen al mejoramiento de la calidad de vida en los diferentes conglomerados sociales.
- Pero si lo anterior no fuera suficiente, la literatura desarrolla en grado sumo el potencial creativo del hombre, porque para crear es ineludible poseer una sólida riqueza cognoscitiva, que la literatura provee con insustituible eficacia. Esto con el fin de no transitar por los caminos ya transitados, sino para innovar partiendo de lo conocido.
- También estimula el desarrollo de la investigación, puesto que no puede haber creación sin el ejercicio de una permanente actividad investigativa, que retroalimienta el patrimonio cultural alcanzado por el hombre y la sociedad en cumplimiento de su destino histórico.

Con estas líneas un poco apretujadas y dentro de las limitaciones del tiempo y del espacio, creo contribuir al extraordinario y loable propósito de llevar a cabo una reforma académica en la Universidad del Magdalena, que la conduzca al logro de altos niveles de excelencia y le permita jugar un decisivo rol de liderazgo dentro del contexto local, regional, nacional e internacional en los cuales se inscribe.